

**LA CIUDAD COLOMBIANA O DEL URBANISMO EN BUSCA DEL
PENSAMIENTO
(NOTAS PARA UNA INVESTIGACION NECESARIA)**

Por: Fernando Viviescas M.*

A: Hernán Henao D.
Quien ya se había formulado esta pregunta.
In Memoriam

Introducción

Quizás el ámbito más escueto, y más revelador, para señalar (así sea de manera rápida) la problemática incidencia que el urbanismo como disciplina intelectual y, especialmente, como profesión ha tenido en la conformación de la realidad del país -y de paso formular una pregunta a las ciencias sociales como conjunto- sea el escenario creado en este fin de siglo por los acercamientos y conversaciones de los diversos actores que buscan la paz.

Según un despacho de prensa¹, los voceros de un comando de milicias urbanas de Medellín consideraban que “el primer obstáculo para una eventual negociación (política del conflicto armado) radica en que el gobierno y concretamente la oficina del Alto Comisionado de Paz no ha tenido en cuenta el conflicto urbano dentro de la agenda de paz ni han reconocido a los comandos como un actor político más en la confrontación”.

Aunque los encapuchados tenían razón, al remarcar como un impedimento importante para la consecución de la convivencia el desconocimiento en las negociaciones de problemas fundamentales de la sociedad colombiana, se equivocaban al señalar la ausencia de la ciudad y el silenciamiento de la problemática urbana sólo en los diez puntos de la propuesta del gobierno: tampoco se encuentran en el decálogo de las FARC ni en los 100 puntos con ellas acordados últimamente, ni se han explicitado en los temarios del ELN para su Convención ni en las declaraciones de los autoproclamados “voceros de la sociedad civil” que lo acompañan desde Maguncia. Tampoco, los paramilitares tienen un planteamiento en torno a ella.

Por lo demás, no son sólo los comandos urbanos los desconocidos en los parámetros que se han trazado los diversos actores para sus acuerdos. Al tenor de las veinticinco temáticas que se han ventilado, si consideramos también los cinco puntos del temario propuesto por el ELN -los únicos que introducen un refundido, abstracto y general “ordenamiento territorial” como objeto de análisis²- la discusión se va a desarrollar en una país que no

* Profesor Asociado, Departamento de Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

¹ Cfr.: “Las milicias quieren sumarse al proceso”, **El Tiempo**, enero 19 de 1999, pág. 8A

² **Ibídem**

tiene espacio o, más directamente, en uno donde la problemática espacial no ha producido ningún efecto en la conformación política, cultural, social y psicológica de sus habitantes y, en el cual, por lo tanto, los marcos de consideración de las demandas sociales y el campo de definición de reivindicaciones se hubiese mantenido en los mismos horizontes de hace cuarenta años sin que la gente hubiese cambiado.

Paradójicamente, en los documentos que convocan a definir el futuro de esta sociedad, se desconoce la ciudad y, en esa voltereta, se desconoce al pueblo colombiano en lo que tiene como creador, como constructor, pues, de hecho, lo único significativo que como Nación hemos construido los colombianos en toda nuestra historia son las ciudades actuales.

Lo más relevante en términos simples, de tamaño, de magnitud bruta : más del 75% de la gente vive en ellas (entre 25 y 30 millones de seres humanos) y su actividad productiva responde por casi el 80% de la economía nacional ; la sola Bogotá tiene mas de 40.000 hectáreas construidas en menos de 40 años y más de la mitad de ellas edificadas por los sectores más pobres. Esto es, la gran escala realizada en un país donde todo se pretende levantar para el diario, para la obtención de rendimientos inmediatos y fáciles, sin riesgos, donde todo, por tanto, es pequeño : la economía y la universidad, la infraestructura vial y el presupuesto para la ciencia y la tecnología.

Pero también lo más trascendental en términos referenciales superiores de la existencia :la cultura, la política, el conocimiento, lo cosmopolita. La ciudad colombiana, la que ha levantado la gente sin apoyo, sin legislación, sin referencia formal ni estética de los sectores dominantes (ni de los contestatarios) es la dinámica social que nos ha obligado a salir del triste y limitado campo de “nuestras tradiciones culturales” para buscar en el mundo, más allá de las fronteras patrias, cómo son y cómo piensan los hombres y mujeres del fin de siglo. Por la ciudad nos hemos dado cuenta de lo limitado de nuestro pensamiento filosófico y político, de nuestro atraso en la consideración del arte (García Márquez y Botero no sólo son excepcionales sino que se tuvieron que hacer en otra parte), de lo limitado de nuestro “pensamiento científico” (Llinás y Patarroyo son ellos solos), de la ignorancia absoluta sobre nuestro patrimonio ambiental y sobre la responsabilidad social y política que ello implica con el mundo.

Adicionalmente, es la ciudad la institución histórico-social que ha logrado producir un nuevo ser colombiano, esto es, hombres y mujeres con referentes existenciales contemporáneos y por ella se ha hecho evidente la necesidad de darles el estatus correspondiente a las relaciones que civilizadamente se tienen que establecer entre ellos. Por la ciudad, ahora, se ha dilucidado que no somos “la democracia más estable del continente”, como han sostenido desde siempre los sectores más reaccionarios del establecimiento y que, contrariamente a lo que sostienen las FARC en el quinto punto de su temario inicial, no tenemos ningunas “tradiciones democráticas” en qué apoyarnos para crear una nueva forma de vida.

Sin embargo, en todas esas agendas se desconoce la ciudad como continente físico actual y futuro de la existencia de la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de éste país y se le ignora, lo cual es mucho más grave, como dimensión cultural y política que determina la forma de vivir, esto es, de pensar, de sentir, de mirar y de considerar las relaciones que

ellos y ellas establecen entre sí mismos y con la naturaleza, con las maneras de gobernar, de administrar y ejercer el poder, y con las formas de expresión creativas (arte y ciencia) y políticas.

1. Una aproximación a la historia de la ignorancia de la ciudad

Por paradójico que parezca, esta ignorancia es el resultado lógico en un país en el cual ninguno de sus estamentos ha logrado desarrollar una conciencia -muchísimo menos una cultura- con respecto al hecho más trascendental que ha marcado nuestro desarrollo histórico en este siglo: la configuración de la ciudad como el ámbito de existencia individual y colectiva determinante

Como es obvio, dentro de ese contexto general una cuota muy importante de responsabilidad en ese olvido, o en este tipo de ignorancia, le cabe a las disciplinas académicas y profesionales que de una u otra manera han debido abocarse a dilucidar los componentes estructurales que sostuvieron y llevaron a cabo lo que se ha dado en simplificar como el paso de una sociedad rural a una físicamente urbana en el transcurso del último medio siglo, con el cual se caracteriza a la Colombia del siglo XX.

Hablamos en plural de aquellos campos del conocimiento porque un fenómeno de la trascendencia de la ciudad colombiana, por fuerza, tendría que haber concitado el interés en principio de la totalidad de las ciencias sociales en tanto la incidencia de su ocurrencia y consolidación ha afectado todos los niveles de la sociedad como conjunto y de los colombianos y colombianas en tanto que individuos. No sola ni exclusivamente por las circunstancias particulares que han enmarcado ese desarrollo: en especial la violencia, sino por lo que como evento realmente transformador introduce en el orden social.

La Ciudad recrea formas de concepciones, de comportamiento y de interrelación que afectan en sentidos múltiples tanto el inconsciente de las personas como, al mismo tiempo, la estructura económica del conjunto de la sociedad. Con respecto a los tipos de determinación del entorno rural, crea una espacialidad y una temporalidad que transforma tanto la manera de soñar como la de imaginar horizontes colectivos. Es por ello que la ciudad, tradicionalmente en el marco de la modernidad, ha sido el objeto de la literatura pero también de la filosofía³, la psicología⁴, la antropología y, por supuesto, la economía.

³ Cfr.: Zarone, Giuseppe (1993), **Metafísica de la ciudad: encanto utópico y desencanto metropolitano**, Pretextos, Universidad de Murcia, España; también: Ansay, Pierre y Schoonbrodt, René (1989), **Penser la Ville** (Choix de textes philosophiques), Aux Archives d'Architecture Moderne (AAM), Bruselas, Bélgica; también: **Les Cahiers de Philosophie** No. 17 (Le Philosophe dans la Cité), Invierno 1993-94, Lille, Francia.

⁴ Cfr.: Mitscherlich, Alexander (1997), **Tesis sobre la ciudad del futuro**, Alianza Universidad, Madrid, España.

Sin embargo, en Colombia ello no ha sido así⁵. Acá ha imperado una enorme ceguera de las disciplinas del análisis y de la interpretación de los fenómenos ontológicos y sociales no sólo para abocar el estudio de los fenómenos psicológicos, sociales, antropológicos que la ciudad, en su aparición y conformación, ha ido produciendo en los colombianos sino para captarla y pensarla en su dimensión fundamental y trascendental: como hecho contundente y definitorio de la forma del ser colombiano y como parte de uno de los fenómenos fundamentales del ser de la humanidad hacia el tercer milenio: el mundo en urbanización en el marco de la mundialización de la economía y la globalización de la cultura⁶.

Esa ignorancia por parte del pensamiento dejó el proceso de desarrollo urbano, y el de la conformación de la vida ciudadana y citadina, en manos de la mera especulación tanto profesional como económica. La investigación, el estudio sistemático y el análisis crítico cedieron el espacio urbano en conformación al mundo especulativo de la consultoría, la asesoría y la planeación urbana tecnocrática, el cual, en una alianza mortal con el clientelismo y la corrupción política, y la especulación inmobiliaria y la industria de la construcción, “modeló” el horror de urbe con la que nos encontramos en la última década.

La ausencia de reflexión y de investigación determinaría que el tipo de urbanismo que desde la década del cuarenta “acompañó” al inicio y consolidación de las ciudades colombianas fuera limitado tanto en su concepción como en sus alcances. Las ciudades fueron construidas por un poder terrateniente que -conformado sobre la tradición, de un lado y, del otro, sobre el oportunismo, la viveza y la especulación- articuló a lo más conservador de la política para legislar el desarrollo urbano sin más horizontes que la potenciación de la plusvalía y su concentración en los dueños del suelo, con el aval tecnocrático de una planeación urbana y una ingeniería que apenas atendían a la racionalidad de un mercado que la urbanización había encumbrado como un enorme potencial de enriquecimiento personal y grupal.

Hubo, por supuesto (y este es otro elemento que un acercamiento serio al fenómeno tendría que explicar), intentos por dotar a aquel desarrollo de elementos reflexivos y analíticos que habrían podido servir para superar el simplismo rentista sobre el cual se montó lo que luego vino a producir la pobre propuesta citadina que ahora confrontamos en toda su problemática y complejidad.

Pero no sólo provinieron casi siempre de mentes extranjeras sino que fueron ahogados por el poder omnímodo que ejercía la tríada que hemos mencionado. Le Corbusier en persona (y, antes, gente como Karl Brunner) estuvo durante más de cinco años elaborando

⁵ Para eludir las limitaciones que nos hemos impuesto en estas páginas, bástenos remitir al lector a los análisis o estudios que nos muestran los números 1 y 3 de esta **Revista de Estudios Sociales**, que han tratado sobre la evolución e incidencia de tales ciencias en el desarrollo del país, para mostrar que, al igual que en la agendas de paz, en ellas tampoco aparece la ciudad como punto central de interés.

⁶ Cfr.: Habermas, Jürgen (1998), “Nuestro breve siglo” en Revista **Letra Internacional** No. 58 (septiembre-octubre), Madrid, España

propuestas de desarrollo urbano para que Bogotá⁷ abocara en serio: sistemáticamente y con conciencia, la tarea de construirse un ordenamiento espacial acorde con el requerimiento que le imponía el apostarse a ser una de las grandes metrópolis del continente en menos de 50 años. El planificador suizo, incluso antes del Bogotazo del 9 de abril de 1948, trató de incidir para que la ciudad colombiana se metiera en el mundo urbano de la mano de la modernidad⁸.

Veinte años más tarde, a principios de los años setenta, Lauchlin Currie pretendió mostrar cómo habría que pensar el fenómeno de la urbanización desde una perspectiva macroeconómica y fundamentó su propuesta de “ciudades dentro de las ciudades”⁹ inscribiendo -en otra perspectiva- un horizonte que permitía mirar el futuro de la sociedad colombiana girando alrededor del mundo urbano que finalmente se iba a convertir en el eje central de nuestra razón de ser como nación hacia el final del siglo XX.

Pero, entre la aparición del arquitecto suizo-francés y la del economista estadounidense “ocurrió” el Frente Nacional que, por otra parte, creó las condiciones para que Colombia aportara al urbanismo mundial su más genuino producto: la “Ciudad del Estado de Sitio”, esto es, una urbe sin democracia, sin participación, sin crítica, sin espacio público, sin deliberación.

Fue en ese contexto, en el cual Le Corbusier fue ignorado (todavía se escucha a algunos consultores exclamando: “siquiera no se dejó que Le Corbusier se hubiera “tirado” a Bogotá, como si lo que resultara luego pudiera reivindicarse de alguna manera) y Currie minimizado (Planeación Nacional se convirtió en el Vaticano de los Planes de Desarrollo, pero para la ciudad, para lo urbano, apenas cuenta, todavía ahora, con una oficina de tercera categoría -la Unidad de Planeamiento Regional y Urbano (UPRU)- en una entidad, ella sí, totalmente jerarquizada) donde se acabó de configurar la ideología de que la ciudad es fundamentalmente un hecho económico que se construye sobre la base de planes de desarrollo urbano, elaborados por especialistas y sancionados por los entes del poder político.

Un fenómeno completamente alejado del ciudadano y del desempeño de la ciudadanía. Esta es la base de un urbanismo tecnocrático y cuya falta de proyección dejó por fuera como marginales a una inmensa cantidad de población y no contempló la complejidad y la cantidad de los procesos y de problemáticas que la ciudad iba generando en su desarrollo.

⁷ Vargas Caicedo, Hernando (comp.) (1987), **Le Corbusier en Colombia**, publicación de Cementos Boyacá.

⁸ He tratado a fondo esta problemática en un artículo anterior. Cfr.: “La arquitectura moderna, los esguinces a la historia” en Viviescas M., Fernando y Giraldo, Fabio (1991), **Colombia: el despertar de la modernidad**, Ediciones Foro Nacional por Colombia, Bogotá, P.p. 353-384

⁹ Currie, Lauchlin (1988), **Urbanización y desarrollo**. Un diseño para el crecimiento metropolitano, Cámara Colombiana de la Construcción (CAMACOL), Bogotá

Más allá de aquella euforia constructiva -que, de un lado, colonizaba los territorios aledaños a los centros urbanos heredados del siglo XIX, los cuales se habían mantenido casi intactos por la inercia de nuestro pobre desarrollo económico hasta los años cincuenta, destruyendo sin miramientos el poco y pequeño patrimonio arquitectónico y urbanístico para, del otro lado, dar paso a una pequeño-modernidad atragantada de concreto y vidrio- la ciudad no era más que un hecho natural al cual le pasaban cosas y sucesos, algunos de los cuales eran problemáticos y por ello -con esto se completaba la interpretación ideológica- había que tratarlos de manera (casi siempre) sectorial.

Aquel trípode fatal se adueñó del trabajo en la ciudad y desde el principio le asignó el carácter de marginal a todos los intentos que se hicieron por darle un sentido de humanidad: de imaginación, de creatividad, de buen vivir, de democratización, de participación, al pujante proceso urbano y no permitió que la ciudad dejara de ser considerado un fenómeno económico -el más rendidor de todos- para configurar un referente político-cultural para la Colombia que tan dramáticamente pretendía saldar las cuentas con el siglo XIX y que no tenía más que la ciudad, y la vida civilista que ella entrañaba, para instalarse coherentemente en el siglo XX.

Esta ideología sigue funcionando especialmente en las esferas del poder. Para discutir una convocatoria que hacía el Consejo Nacional de Planeación Participativa, el editorialista de un prestigioso diario “argumentaba” hace menos de dos años: “Bogotá, y las demás ciudades colombianas, necesitan un diseño urbano, un Departamento de Planeación estructurado de manera científica, compuesto por hombres sabios, expertos urbanistas con la autoridad suficiente para que sus disposiciones no se conviertan en letra muerta..” y se preguntaba: “¿Por qué motivo se invita a los ciudadanos a imaginar cómo será la ciudad del año 2019?” para contestarse enseguida, reafirmando el convencimiento de las élites colombianas de que quienes no pertenecen a ellas se mueven sólo en el ámbito de la incapacidad intelectual y mental: “No nos lo explicamos. Porque, tomando el caso específico de Bogotá, si la gran mayoría de los ciudadanos ni siquiera saben cómo es la ciudad de 1997, mucho menos podrán imaginar cómo será dentro de veintidós años...”¹⁰

De esta manera, el urbanismo -que, como lo ha planteado desde el principio una de sus insignes cultoras, está cargado de ambigüedades pero que es un producto netamente moderno en tanto se distingue de todas las artes (y ciencias) urbanas anteriores “por su carácter reflexivo y crítico y por su pretensión científica”¹¹- nació trunco y tergiversado en Colombia, país en el cual de todas maneras la irrupción de la ciudad creaba inevitablemente su objeto: “...los trabajos de ingeniería (y) los planos de las ciudades o las formas urbanas características...” de esta época del siglo XX colombiano.

¹⁰ Cfr.: “La ciudad de hoy y de mañana” en **El Tiempo**, editorial del 14 de agosto de 1997. Pág. 4A

¹¹ Choay, Françoise (1983), **El urbanismo: utopías y realidades**, Editorial Lumen, Barcelona, España. Pp. 10-11

Hasta finales de los años ochenta la academia ignoró la ciudad como fenómeno complejo y como problema de estudio sistemático, mientras por fuera de los campos universitarios imperaba la ideología que hemos descrito de manera tan simple. En ese transcurso, cuando se asomó a esa realidad consciente lo hizo motivada, en lo fundamental, por la demanda del mercado. Así, hacia finales de la década del sesenta (1968) surgió el postgrado en Planeación Física y Urbana en la Sede de Medellín de la Universidad Nacional el cual, después de 30 años de continua labor, permanece como cualificador de los profesionales que trabajan el ámbito de planificación de la administración municipal, especialmente de Medellín. A pesar de contar con una producción valiosa de monografías, tesis e investigaciones, su trascendencia en la perspectiva de exponer la complejidad citadina, más allá de sus componentes funcionales, ha sido relativamente limitada.

Algo más de una década después de fundar ese primer intento de introducir la educación continuada de los estudios de la espacialidad moderna, en la misma Facultad de Arquitectura, se fundó y consolidó con apoyo holandés (el actual *Institute for Housing Studies* de Rotterdam) el Centro de Estudios del Habitat Popular (CEHAP) el cual, especialmente en sus primeros diez años, alcanzó a tener una figuración y relevancia, incluso internacional, como núcleo de indagación y auscultación de la incidencia y determinación de lo urbano en las condiciones de existencia de los sectores populares. Al margen de un persistente y cualificado trabajo de investigación y publicación, y de mantener uno de los mejores archivos del continente en su temática, la insuficiencia de recursos y la incidencia negativa de la situación política que impera en su entorno del Valle de Aburrá se han combinado con una tendencia nacional a mantenerlo bastante aislado del conjunto del país y amenazarlo con generar su insularidad académica y política.

La década del ochenta, ya en Bogotá, sirvió de marco para la constitución del Centro de Interdisciplinario de Estudios Regionales (CIDER) de la Universidad de los Andes que ha logrado consolidar y mantener una dinámica muy significativa en la cualificación de quienes ejercen la labor profesional de la planeación, especialmente en términos de consultoría.

La última década vio surgir, en la Universidad Nacional en Bogotá, las Maestrías en Historia y Teoría de la Arquitectura y en Urbanismo¹² y, más tarde, la de Antropología Urbana, las cuales todavía se encuentra en proceso de consolidar un *corpus* teórico y metodológico que fundamenta su apuesta académica, intelectual y política. A esto se suman los aportes de la Pontificia Universidad Javeriana con la inauguración de Maestrías en Planeación Urbana y en el trabajo sobre el Patrimonio Arquitectónico. En ese contexto espacial y temporal han proliferado infinidad de cursos y programas de actualización y especialización, pero que han tenido como característica fundamental su intermitencia y, por tanto, su dependencia del mercado profesional.

¹² En relación con estas temáticas he configurado una versión anterior. Cfr.: Viviescas M., Fernando, “Estado de desarrollo e inserción social de la arquitectura en Colombia” en **La conformación de comunidades científicas en Colombia** (Tomo III), Misión de Ciencia y Tecnología (MEN)-DNP-FONADE, Bogotá: 1990

En el sentido investigativo: complejo, de creación de conocimiento y de formador de una comunidad científica el camino ha sido mucho más tortuoso y solitario. En el conjunto del Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología, la ciudad -y aún la problemática urbana en general- apenas alcanzó literalmente colarse de manera bastante aparatosa y en todo caso camuflada: sin identidad, en el Consejo Nacional de Ciencias del Medio Ambiente y el Habitat en el interior del cual todavía no logra una primacía sobre un tema tan favorecido por la moda como el ambiental. De allí que sea tan importante la creación y la labor que ha venido desarrollando la Asociación Colombiana de Investigadores Urbano Regionales (ACIUR) también instituido en los noventa, que además constituye el primer aporte que se hace a la reflexión de la problemática urbana desde la sociedad civil.

A pesar de la enorme importancia intelectual y política que, especialmente en su proyección futura, tienen todas estas instituciones y reconociendo la significativa labor de los hombres y mujeres que las han sostenido -en muchos casos esos centros tienen el nombre propio de personas que persisten en mantenerlas y dirigir las- y del avance que se ha operado en la comprensión de la significación de la ciudad y de lo urbano en el orden institucional: la descentralización administrativa, la elección popular de alcaldes, la Reforma Urbana de 1989, la Constitución Política de 1991, la formulación de una Política Urbana en 1995 y la expedición de la Ley 388 de 1997, el urbanismo como pretensión rigurosa y científica en Colombia sigue siendo marginal al hecho urbano y, especialmente, ajeno a la configuración de una perspectiva ciudadana para la ciudad colombiana.

Todavía, como en los ya lejanos tiempos de los trabajos demográficos de Alvaro López Toro y Ramiro Cardona, el tratamiento de la complejidad de la ciudad persiste en ser ejercido por muchos de sus cultores de manera sectorial: lo espacial separado de lo social; la problemática del desarrollo económico (que hacen los economistas) aparte de los análisis y tratamiento de los traumas generados por la violencia; la cuestión de la vivienda trabajada de manera diferenciada de la caótica situación del transporte público; el espacio para el ocio y la recreación, asimilada como un lujo, sin articulación al ordenamiento espacial del conjunto de la urbe, etc.

2. El urbanismo del siglo XXI: la propuesta de la Planeación Participativa

Lo anterior exige que el urbanismo colombiano contemporáneo se formule, en un sentido creativo, la escala de ciudad. Que se haga consciente de que en la edificación de la urbe se están materializando las maneras de interpretar las relaciones que las mujeres y los hombres, en el marco de los últimos desarrollos institucionales, hemos establecido entre nosotros mismos y con los demás: con las formas de poder y de administrar, esto es, con el Estado; con las formas de producir y de distribuir la riqueza social; con las formas de creación y expresión: artística, científica, técnica y cultural, en una palabra, con la imaginación; con la naturaleza y con el medio ambiente construido.

Esta elucidación pondría de presente que una de las consecuencias de la confluencia de los pensamientos, propuestas, intereses y realizaciones que se realiza en la polis contemporánea es la diversificación que en ella sufren las dimensiones del tiempo y del espacio; y cómo, aunque de manera general lo que más aparece evidenciando esta complejidad así conformada es la

aceleración¹³ de los ritmos de movimiento de la ciudad, ella no se limita al plano de lo inmediato: se expresa también en los procesos de formulación de los imaginarios, especialmente cuando estos se refieren a la intervención en la urbe en términos que todavía podemos llamar del largo plazo.

En este último sentido, se presenta uno de los retos más inquietantes, no sólo en los campos político, cultural e intelectual sino, de mayor trascendencia, en el de la actuación, individual y colectiva. Como lo hemos expuesto en las páginas anteriores, por efectos de nuestra cultura política, durante este siglo hemos trabajado en relación con la intervención en la urbe con un horizonte de inmediatez: del día a día, y de lo más próximo: la calle de en frente, el parque del barrio, etc.

No tenemos una cultura de la planeación ni de la proyectación de la ciudad. “Puede afirmarse, sin incurrir en exageraciones polémicas, que en el país no se ha buscado con persistencia la consolidación de una cultura del Plan. Este rasgo es común en el Estado y sus instituciones, en el campo académico disciplinar, en las instituciones del sector privado y profesional y en los sectores de opinión implicados con lo urbano...”¹⁴

En esas condiciones, la asimilación del Sentido Estratégico de la planeación urbana, en el momento actual en Colombia, no agota su relevancia en la consideración de la extensión del tiempo y del espacio que su eventual realización debe cubrir, ni se limita a un cambio metodológico: tiene una trascendencia político-cultural.

Es suficientemente conocido el fenómeno de que en lo referente a la consideración espacial la mirada que se arroja sobre la urbe, desde todos los sectores (sociales, políticos, económicos; tanto desde los dominantes como desde los contestatarios) no abarca más de literalmente- lo que está al frente del observador. Entre otras cosas, es por ello que los discursos sobre la ciudad están marcados por una percepción negativa de la misma¹⁵: limitada a considerarla, casi exclusivamente, desde el punto de vista de sus carencias e insuficiencias, de sus faltantes, lo que ha llevado a naturalizar su intervención tomando en cuenta sólo los parámetros mínimos, atendiendo únicamente a sus necesidades básicas.

¹³ Para una discusión significativa sobre este asunto, aunque allí se tiene como referente a la ciudad del mundo desarrollado, ver: Virilio, Paul (1995) "Dromología: la lógica de la carrera". En revista **Letra Internacional**, No.39, Madrid, España, pp.34-40

¹⁴ Cfr.: Cortés, Rodrigo y Juan Carlos del Castillo (1994) “La planeación urbana frente a las nuevas formas de crecimiento físico de la ciudad”. En AA.VV. **Seminario Políticas e Instituciones para el desarrollo urbano futuro en Colombia**, Ministerio de Desarrollo Económico, DNP y Programa de Gestión Urbana de las Naciones Unidas, Santafé de Bogotá. pp.217.

¹⁵ Cuando se presenta una perspectiva positiva casi siempre está ligada al folklore o a la tradición, al pasado para resaltar cómo se ha deteriorado el ambiente pueblerino que las caracterizó hasta la década del 50 (esto es, cuando dejaron de ser pueblos para empezar a ser ciudades de verdad), o a sus soportes y características naturales: geográficas o de clima.

Por ello, si en este fin de siglo se pretende marcar un hito significativo en este terreno (y las circunstancias contemporáneas, tanto del país como del mundo, lo requieren con urgencia), cualquier plan que se proponga tiene que formularse, más allá de sus obligaciones funcionales, normativas, procedimentales y materiales, una perspectiva cultural y política. Debe ser asimilado desde el inicio de su formulación como un instrumento para la formación de la nueva ciudad y de sus ciudadanos.

Ha de entenderse empero que la “nueva ciudad” no se refiere únicamente al crecimiento y transformación física de los actuales asentamientos humanos sino a la consolidación de una forma de existencia que tanto en el orden interno colombiano como en el ámbito universal se ha venido prefigurando desde hace décadas, y que se ha posicionado como problema trascendental en los últimos años, copando los ámbitos de reflexión de los campos filosóficos, económicos, sociales, psicológicos y ambientales contemporáneos¹⁶.

En ese contexto, la perspectiva moderna de planeación no asume la ciudad del futuro sólo como el resultado pasivo de los desarrollos limitados del capitalismo o del fracaso del socialismo en el siglo que termina; en tanto continente obligado de la mayoría de las mujeres y los hombres del futuro, la percibe, más bien, como el continente de una superación histórica, pues, tal como quedó consignado en el documento final de la Cumbre de la Ciudad, la humanidad contemporánea hace descansar una enorme esperanza en la edificación cualificada de las urbes: se espera que con ellas se alcance un mundo más estable y equitativo, libre de injusticias y conflictos, y se contribuya a la construcción de una paz amplia y duradera¹⁷.

Superación que construiría su lógica en la tendencia al examen y a la discusión -que se genera de manera natural como resultado de la confluencia y encuentro permanentes de la abigarrada multitud de propuestas culturales, sociales y espaciales en el interior de la ciudad- y en la ampliación de horizontes y de campos referenciales que ella dinamiza en su revolución del mundo de lo aldeano y pueblerino¹⁸ -los cuales, en esta época de fin de siglo, por efectos entre otros de los medios de comunicación, han alcanzado su máxima potencia.

Ahora bien, bajo los parámetros de definición de la ciudad sustentable y equitativa que asumió la Cumbre, el tratamiento de todas estas divergencias pasa necesariamente por la conformación de un espacio de encuentro y de negociación -y la construcción de una cultura

¹⁶ Para mirar como esto también empieza a ser asimilado en Colombia. Cfr.: Giraldo, Fabio y Fernando Viviescas (Comp.) (1996), **Pensar la Ciudad**, Tercer Mundo Editores, CENAC y FEDEVIVIENDA, Bogotá.

¹⁷ Cfr.: Artículo 25 del Programa del Hábitat. Cumbre de la Naciones Unidas sobre la ciudad. Estambul (Turkía), Junio de 1996.

¹⁸ “...Un fenómeno que, puede suponerse, está en el origen tanto de angustias individuales y de sufrimientos sociales y morales, como de las nuevas condiciones de libertad ... entendida como liberación de los vínculos de la sociedad <<cerrada>>: la aldea, la comunidad familiar, el burgo tradicional. en todo caso, un fenómeno que *donne à penser*, pues en él se juega el destino humano en su dimensión histórico-social y, por ello, en la totalidad de su existir.” Cfr.: Zarone, Giuseppe (1993) **Op. Cit.** Pág..7

de su utilización y respeto por parte- de todos los estamentos de las sociedades del mundo y al interior de cada una de ellas.

Esto es, la instauración y la extensión del espacio y del tiempo públicos para permitir, dinamizar y potenciar la participación en el diseño del mundo urbano¹⁹. En el interior del cual la planeación buscaría fundamentar los contextos político-culturales y los horizontes socio-económicos, tanto como formular los procedimientos científicos y tecnológicos y los entornos espacio-ambientales, a la construcción de los cuales se pretende convocar a los ciudadanos actuales²⁰, asimilando que sus aspiraciones buscan conformar un ámbito que permita dignificar la existencia individual y colectiva tanto de ellos como de sus sucesores.

La configuración del Plan es la conformación sistematizada de un horizonte de ciudad al que se aboca la misma sociedad como forma de superarse a sí misma.

En este sentido, el primer rol que tiene que proponerse la planeación urbana en Colombia es el de convocante de la participación ciudadana (de todos sus actores: Estado, empresa privada y sociedad civil) que, consagrada en los desarrollos constitucionales como una de las mayores reivindicaciones sociopolíticas de la Nación, es, desde el punto de vista que nos interesa en esta reflexión, una herramienta metodológica de proyectación y de construcción de ciudad. Dicha convocatoria, en el orden local, correspondería al reconocimiento que en el mundo contemporáneo, nítidamente después de la caída del muro de Berlín, se ha hecho a la importancia del aporte de la población tanto en el diseño como en la implementación de cualquier intervención en la sociedad y, como se refrendó en Estambul, en especial cuando ella se pretende hacer sobre la ciudad.

Para la disciplina de la Planeación ya no se trata de discutir si a los planificadores y al Estado les parece adecuado, o coherente con sus fundamentos ideológicos, permitir la participación de los ciudadanos en la formulación de sus horizontes de futuro. Por el contrario, esto debe asumirse como un hecho no sólo irreversible sino, en un sentido positivo, como una manera de recrear y ampliar las posibilidades de concretizar una forma de existencia que no sólo le dé un nuevo sentido al desarrollo económico -ampliando su proyección y significado a los ámbitos espirituales e intelectuales- sino que detenga un desenvolvimiento que está poniendo en peligro las formas de existencia de la humanidad y de la misma tierra, como lo dejan en claro el pensamiento y la creatividad contemporáneos.²¹

¹⁹ Anteriormente, he hecho un análisis en profundidad sobre esta problemática. Ver: Viviescas M., Fernando (1996) "La agenda HABITAT II en los fundamentos para la formulación de una política de espacio público". En **Ensayo y Error** Revista de Pensamiento Crítico Contemporáneo, Año 1, No.1, Bogotá. pp190-219.

²⁰ Así el urbanismo asumirá su "tema central: proyectar códigos civilizadores sobre el territorio." Cfr.: Koolhaas, Rem (1996) "Qué fue del Urbanismo?", en **Revista de Occidente** No. 185, Octubre, Madrid, España. pp.8

²¹ Una experiencia de más setenta años, terminada trágicamente, dejó en claro cómo la omnipresencia del Estado es incapaz de permitir el alcance de la dignidad de la existencia; y, de otro lado, la arrogancia inútil del capitalismo a ultranza, cada día nos demuestra hasta dónde puede llegar en su consecuencia destructora, de no

“Si va a haber un <<nuevo urbanismo>>, no estará basado en las fantasías gemelas del orden y la omnipotencia; lo que tendrá que representar será la incertidumbre; ya no estará dedicado a la disposición de los objetos más o menos permanentes, sino a la irrigación de los territorios con posibilidades; ya no buscará configuraciones estables, sino la creación de ámbitos susceptibles de acomodar procesos que no admitan la cristalización en formas definitivas...” (Kolhaas, R.; 1996: 8y9).

En países como Colombia, donde la historia política muestra la exclusión como una característica protuberante, el entorno enunciado evidencia la necesidad contemporánea de la producción de los actores urbanos: el Estado, la empresa privada y la sociedad civil, en esa nueva dimensión, de tal manera que puedan asumir sus responsabilidades y potenciar su eficiencia económica, política y cultural en la creación y consolidación de las formas de existencia con las cuales la ciudad del futuro pretende superar las limitaciones de la vida contemporánea.

Por lo demás, con la evidencia de ese reconocimiento la población entiende que aporta su participación sobre la base de algo que conoce: ella misma se reconoce, de forma positiva, en la definición del destino de la ciudad, en su capacidad de pensar, interpretar y de imaginar. En este punto, los técnicos tenemos que asumir una posición no sólo discreta sino inteligente. La población tiene un conocimiento concreto sobre la ciudad que no está al alcance de la técnica ni de la ciencia, que bordea más bien los confines de la fantasía y del arte: conoce sus ritmos, sus sonidos, sus lenguajes cotidianos y de mediano plazo y, por tanto, puede interpretar y manejar los procesos y movimientos que se dan de manera subrepticia, casi imperceptible -tanto en la superficie, en el espacio abierto, como aquellos que se han tenido que configurar en la clandestinidad, renunciando al espacio público y con todas las consecuencias que ello tiene- en lo que atañe a las formas de supervivencia de grandes masas de población y, mas allá, en las que se materializan los poderes efectivos en grandes extensiones del territorio de nuestras urbes.

La comprensión de nuestra postmodernidad asume este tipo de conocimiento -que se da y se transforma en su vivencia: no está construido sobre discursos meramente académicos- como un aporte esencial para consolidar la permanencia futura de los fundamentos de la ciudad que se proyecta ahora.

Esto tiene una trascendencia tremenda: junto al conocimiento sistemático y riguroso, el reconocimiento cultural del pasado y del presente que posee y expresa de diversas maneras la población, permite descubrir en todo su significado el cambio de escala que se ha operado en la urbe (cuándo y cómo ha dejado de ser pueblo: de qué manera transforma las permanencias que le vienen de antaño y cómo las combina con los nuevos comportamientos) y, por tanto, se constituye en un soporte fundamental para dimensionar el sentido estratégico que el Plan, en especial en el terreno del espacio (urbano: privado y público), tienen que plantearse.

mediar un sentido inteligente e imaginativo que lo saque de su afán reproductor de valor simplemente económico.

No vamos hacia una ciudad (simplemente) más grande, que sólo prolongaría en el tiempo y ampliaría en el espacio la que ha producido el siglo XX: estamos abocados a construir una espacialidad que comprenda el advenimiento del siglo XXI como el reto de superar las condiciones de existencia que caracterizan la actualidad y poner la imaginación, la creatividad, la democracia, el conocimiento del micro y el macro cosmos y del inconsciente humano, así como la riqueza expresiva e interpretativa de las culturas -ahora reconocidas en su potencial renovador- al servicio de la construcción de una vida bella (con la estética, la arquitectura, el urbanismo) para el disfrute de los ciudadanos²². Es indispensable asumir el cambio de siglo -que en realidad coincide con una transformación trascendental en el orden urbano-demográfico: por primera vez en la historia la mayoría de la población mundial vivirá en ciudades- como una perspectiva a construir, una invitación a inventarse un universo de existencia.

Santafé de Bogotá, julio 9 de 1999

²² Desde la perspectiva urbanística, he elaborado una propuesta en este sentido para el Plan Estratégico de Medellín y el Área Metropolitana. Cfr.: Viviescas M., Fernando, “La planeación urbana y el espacio público. La institución de la urbe del Valle de Aburrá” en revista **Ensayo & Error** Revista de pensamiento crítico contemporáneo, No. 4 (abril), Bogotá. Pp. 284-313